





LA LUZ CONTRA LOS MUROS

ANTOLOGÍA POÉTICA

1962-2012

Leer para pensar en grande

COLECCIÓN
IDENTIDAD

páginas
DE VIDA

Graciela Santana Benhumea

LA luz CONTRA LOS muros



Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo Édgar Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Ernesto Javier Nemer Álvarez, Raymundo Édgar Martínez
Carbajal, Erasto Martínez Rojas, Édgar Alfonso Hernández
Muñoz, Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

La luz contra los muros. Antología poética 1962-2012

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000
Toluca de Lerdo, Estado de México

ISBN: xxxxx xxxxxxxx

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal. 2012
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública
Estatal CE: 205/01/61/12

© Graciela Santana Benhumea

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio
o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a
través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*A Lauro Santana Martínez, Imelda Benhumea Contreras,
Alfonso Benhumea Contreras
(in memoriam).*

*A Laura Elizabeth, Jorge, Graciela Ivette, René
(mis amados hijos).*

*A Jorge Axell, Renata, Fabrizio, René
(mis queridos nietos).*

*Porque sin el amor, comprensión, sacrificio y apoyo
de todos, medio siglo de creación literaria en mi vida no habría
sido posible.*



PRÓLOGO

Nací bajo la luna fría de Capricornio en la madrugada del 15 de enero de 1941, en Almoloya de Juárez, Estado de México. El manantial azul y purísimo del Ojo de Agua de mi pueblo me bautizó para el arte y la palabra. Al año de edad me arropó la oscura y escarpada sierra de la Mixteca Oaxaqueña. Cuando tenía cuatro años, el hermano menor de mi madre, Alfonso Benhumea Contreras, quien siguiera a mis padres por los confines de la Vieja Antequera, me enseñó a leer y a escribir al formar letras con palillos y fósforos. Desde entonces me interesé por encontrar, como dijera el poeta Enrique González Martínez, “un alma y un sentido oculto” en todas las cosas de la vida. Gracias a mi querido tío, al que todos en Almoloya llamaban El Jefe, tuve en mis manos la poderosa llave del conocimiento y con ella la libertad inefable de aprender.

Muy pronto me di cuenta de que pensaba en verso y miraba al mundo con un cristal diferente; que podía distinguir al sol de entre semana del sol de los domingos; que había miles de matices del verde en las frondas de los árboles; que me gustaban el trino de los pájaros cardenales y de los gorriones, la forma de las lechuzas, el aletear de los colibrís y los colores de los ocasos, el olor de los heliotropos y los claveles, el azul de los nomeolvides, contemplar a solas las estrellas, y que la ventana de mi cuarto infantil era una

mirada campanelliana al mundo que regalaba a mis sentidos colores, sabores, aromas y sonidos.

En mi corazón anidaron siempre, desde niña, la ilusión creciente por saber y una gran necesidad de jugar con las palomas de la inspiración entre los manzanos y los espejos cotidianos, entre los libros y las violetas silvestres, entre los arroyos y los muros de la melancolía, con ese agrídulce sentimiento que acompaña de por vida a los poetas. Conocí la poesía, gracias a mi padre, Lauro Santana Martínez, en Wilde y Whitman, en Darío y Nervo, en Juana de Ibarborou y Storni, y más tarde en García Lorca. Caminé con firmeza por los laberintos de la composición poética que se me da, desde siempre, ad líbitum, porque nací con ella y lloré con ella hasta lo más profundo del calcio de mis huesos con la prematura muerte de mis dos hijos bebés y con el también anticipado y trágico deceso de mi padre.

Viví mi infancia entre montañas, campos, minerales y ojos de agua, entre consejas, leyendas y tradiciones populares a las que mucho abonaba mi madre, Imelda Benhumea Contreras, mujer fantasiosa, creativa y decidida. Crecí cantarina como los jilgueros de la mañana, inquieta como mis propios sueños.

Libre y guerrera, autónoma, caminé por la arena y el rocío, por la luz de la luna y las luciérnagas, por los sauces y los girasoles, por el color de las turquesas, pero también por los pantanos tormentosos del sufrimiento, de la pobreza y de la pena. No obstante, adorné mi cabello con las estrellas de la tarde, me atavié con los celajes de la aurora, me decoré con

el oro viejo de los maizales y sembré por donde quiera que pude el amor por lo bello, por lo nuestro, por lo verdadero. No me anclé a las cadenas de lo estipulado y defendí con pasión a los míos y a mis ideales. Jamás me amilané. Repartí el universo para mí misma, miré pasar las aves del amor y el desencuentro desde mi propio palomar, y me di cuenta de que en mis manos las letras florecían.

El permanente contraste entre sombras antiguas y claridades avivó la fragua de mis poemas, cuentos y novelas, a través de las distintas edades de mi vida: mágicos sueños infantiles, andares adolescentes por caminos del aire, frenesíes juveniles asustados; apasionado florecimiento de mis propios retoños y, finalmente, cosechas agradecidas y una gran rueca para hilar el amuleto blanco de una vida larga y pródiga.

Cinco décadas han pasado, de 1962 a la fecha, desde que escribí mi primer libro, *Polvos de nieve*, cuyos poemas, publicados en entregas parciales en distintos periódicos y revistas durante varios años, fueron editados íntegros en 1968 por el reconocido y conspicuo intelectual mexiquense José Yurrieta Valdés, en su editorial Cuadernos del Estado de México. Con ello se refrendó mi carrera interminable, nunca interrumpida, por llenar con mis creaciones miles de páginas a lo largo de los días, los meses y los años, y compartir en ellas mis aprendizajes, experiencias y vicisitudes.

Medio siglo en las letras que equivale a decir cincuenta años del gozo y satisfacción que producen la creatividad, la emoción y el desarrollo permanente del talento. Cinco déca-

das de transitar por las cuatro estaciones de cada año y de contemplar el vaivén de las mariposas sobre las jacarandas y las bugambilias en primavera, de sentir la piel húmeda con las lluvias del verano, de disfrutar las mieses del otoño y de compartir con los míos la hoguera y los dulces del invierno. Cinco décadas de pintar *collages* de vida en las hojas imperterritas de cada almanaque anual.

Medio siglo de llevar al papel ensayos, retazos históricos, versos, metáforas, relatos, reportajes, biografías, dibujos, retratos, experiencias, anhelos, puntos de vista, crónicas, monografías y pinturas de lo que soy y de lo que somos los nacidos en este maravilloso México. Mucho tiempo de posibles e imposibles, de grandezas e infortunios, de simplicidades y complicaciones, de azaras batallas y plácidos oasis, de aciertos y equivocaciones, de oscuridades y contraluces, de algarabías y silencios, de risas, de lágrimas, cantos y bailes.

Pero sobre todo, cincuenta años de búsquedas tratando de entender el sentido de la vida y del tiempo, del bien y del mal, del humo y del hierro, del recuerdo y del olvido, de la noche y del día, del ser y del estar, del alfa y del omega, del porqué de mi sombra, del papel del verdugo, del color de la sangre, de la transparencia del aire y del agua, del secreto de la luz y los colores, del dolor y la alegría, de la furtiva presencia de los ángeles, de Dios, el Amor y la Muerte; pero, sobre todo, de la verdad en los espejos.

GRACIELA SANTANA BENHUMEA
Metepc, México; septiembre de 2012.

La luz contra los muros

Entre el espejo y la ventana,
En el fondo del hueco
De donde emerge la melancolía,
Surgen las sombras de la retrospectiva.
Largas sombras
Proyectadas por la luna llena
Desfilan por las paredes del recuerdo
En la hora de la Nada y del Todo.

Las nubes del morir
Flotan entre los ecos de la estancia
Como luces congeladas
En el azur del tiempo,
Y entre el humo del incienso y el óxido del hierro
La existencia se convierte en un templo
Con altares de crucifixiones de amor
Y ramos de blancos agapandos
Con azucenas de olvido.

En las rendijas del alma
Asoma la película

De una existencia paisana y solariega
Como la del ave quieta
En la inquietud de su propia conciencia.
Mientras, la flor de los amaneceres
Se postra
A los pies de lo inclemente
Con interioridades y secretos
Velados por el tul de la aceptación.

Como polluelos en los viejos nidos
Revolotean sus alas agitadas
Los años y los días
Cual pesares cautivados en lienzos de paz.
Debajo de los barandales de los egocentrismos,
Las luces del atardecer pintan de oro
Las mieses del otoño
En una sinfonía suntuosa de cosechas.

Estoy como una enredadera de madreSelva
Aferrada a las columnas del viento
Y de la tierra
Que aprisiona en sus ramas pájaros de la arboleda
Y deshoja nenúfares en las playas de espera
Cuando las casas de los otros mantienen

Sus ventanas y puertas cerradas
A los rayos del sol.

Bailo entre cristales de niebla
Y fuentes con musgo verde.
Evado de forma temeraria
Las constelaciones del miedo
Y escondo en el gritar del día
Mi disidencia solitaria.
Huyo de los panteones impacientes,
De las dudas y las esfinges muertas,
De los soberbios, las mentiras y los aires quietos
Y de los corazones traicioneros.

Poseo el conjuro del sentido de las cosas
Y acepto mi soledad en llamas
Con cenizas de nieve
Y escarchas de luz.
Rechazo las diademas prisioneras de lo impuesto
Y los cantos falaces de las sinrazones.
Agito cascabeles de amor incomprendido
Anhelo aquello que nunca hice, quise o perdí.
Pienso, vivo y espero.

La luz contra los muros deja ver las sombras
De las perfumadas madreselvas en este atardecer
Amadas por los furtivos colibríes
Y las notas de una canción que el piano magnifica
Con el blasón de su humildad. Ya no es tiempo de lágrimas.
Es hora de ver la Luz.

Esqueletos del amor

Entre los rotos cristales de la piel
Sin sustancia gravitan galanes
Del trasfondo imaginario,
Con señales de olvido y de recuerdo.
Lo que nunca fuimos, ni somos, ni seremos
Flota en la cal robada a mis huesos
Entre polvos de celos
Y balcones sin albas ni ruiseñores.

Entre el sol que se atreve y no se atreve,
Entre ecos trasnochados rampantes
En el borde del abismo.
Recuerdos espectrales desafían
A la cordura en la escalera sin nadie.
Apenas un velo
En la lucerna del tejado y una violeta desecada
Dentro de un viejo libro. Un retrato borroso
Y las cartas devueltas
Con lágrimas marchitas por el tedio.

Flores de ayer son luces espectrales
En la noche de la nostalgia,
Cicatrices de la membrana impía, tazas sin café,
Copas sin vino y partituras olvidadas sobre el piano.
Como en un teatro vacío la carcajada surge
En trágica función de despedida
Para caminar rumbo al umbral del precipicio
Diciéndose a sí misma: ¿Cómo pasó? ¿Cómo quise?
¿Cómo fue?

Con virginal sonrojo de loto arrepentido,
Labios resecos, corazón lastimado,
El alma tiene vuelos de mariposas secas,
Sobre la raíz podrida del engaño.
Sepultadas entre racimos de escándalos
Hay rosas mal olientes de despecho.
La dignidad deambula
Entre las sombras sin cuerpos,
Sin cruces ni plegarias.

Circunstancias de oscuridad y ángeles vencidos
Navegan en las confusiones del atardecer y del balance,
Como en un carnaval con disfraces de ceniza
Y alondras sin pico;
Gorriones sin alas y luceros apagados

Desfilan entre maniqués rotos y espejos quebrados
Que corean el llanto de palomas con luto y gotas de dolor.

El laberinto del desprecio

Pánicos inservibles
Entre las estrellas ensangrentadas
Bajo cortinas de ausencia y registros empolvados,
Guardan tréboles muertos por el frío del tiempo,
Sepultados en fosos de culpas,
Impiedades y olvidos,
Mientras, las divagaciones del albedrío aquietan
Los breves alborozos de la muerte
Con el rigor de los escalofríos.

Y buscan, sin hallar,
Los furtivos pesares de los gozos,
El amor-odio de las indecisiones,
Los sacrilegios de las dudas,
La fe crédula de la parvulería amorosa
Para dar vueltas y vueltas
Y no encontrar la paz,
Ni la ternura ni la verdad,
En el fútil laberinto del desprecio
Que nos ha hecho andar
En el insomne tiempo

Por una eterna noche de cometas
Fatigados y aburridos.

Ni el llanto penitente
Ni el monolito gris del sinsabor
Ni la confusión sacramental del aire
Ni la esperanza de encontrar una salida,
Pueden más que la atarácica condición
De la impavidez,
De la expectación,
Que mira con pena
Que nuestros ojos
Ya no quieren llorar.

El jardín de mi sombra

Mi sombra pasea por los jardines cuyas palmas
Semejan abanicos en el pasto
Recoge huellas de pisadas varias y se adentra
En el pasado de la luna
Mientras los tréboles y las verbenas
Le revelan el misterio de las horas idas.

Mi sombra recoge pétalos solferinos y azul ultramar
De las altas jacarandas y bugambilias que revolotean
Como mariposas tornasoles sobre sus propias sombras
Porque mi sombra es pintora capaz de plasmar
En la página blanca de la arena los colores de la Armonía.

Mi sombra juega en su jardín como una prima bailarina,
Que reta al sol, se duerme en la tierra y retrata a las estrellas
Con la lente prodigiosa de un arte que le hace filosofar y
[retener
En su propia silueta la poesía y los colores de la Vida.

La verde historia

La verde historia de los rosedales
Antigua como el mar y las montañas
Estampada en los muros ancestrales
Tiene perfume a eternidad callada.

Testigo de la noche y de los días
Guarda el recuerdo de los sueños idos,
Y en sus hojas y flores, alegrías,
Arrullos, besos, promesas, delirios.

Sólo el farol vecino que vigila
Conoce de sus ramas tantos nidos
Donde se guardan las palabras dichas
En las horas imberbes del destino.

Enredaderas necias que se elevan
Para hallar de la luz el precipicio
Como aquel caracol de vieja espera
Por alcanzar el sol de su suicidio.

Colmadas ramas, largas, florecidas
Hogar de colibríes y mariposas
Altar de amor, guirnalda entretrejida
Con nardos y campánulas y rosas.

Me asombro de mi asombro

Me asombro de mi asombro, sombra oscura,
Alerta de palabras y celajes
Curiosa voluntad que me asegura
Que es milagro sin duda y sin ambages
La maravilla descubierta ahora
En cada instante, átomo y paisaje.

Me asombra del torrente su caudaje
Del caído tronco líquenes y orquídeas
De la torcaz el vuelo y el plumaje
De la música el ritmo y la cadencia
De la flor el perfume y la corola
Y el clima del invierno y del estiaje.

Me asombra la canción de las alondras
El tañer de campanas y cristales
La seda y el añil, la grana oscura
Y el flotar de los barcos navegantes
La imagen del espejo y las burbujas
Las olas y los seres trashumantes.

Me asombra que me asombren los nenúfares,
Las libélulas, los peregrinos caminantes
Los tréboles, la luna, las marismas,
Las nubes y el ocaso por las tardes.
Me sorprenden los tonos de la aurora
Y la fidelidad inusual de los amantes.

Me cautiva el vaivén de los trigales
El estanque con lirios y turquesas
La purísima luz de los diamantes
La locura de artistas demenciales
El arco iris sobre la laguna
Y la sonrisa pura del infante.

Me asombran alhelés y clavelinas
De perfume sin par, los heliotropos,
El azul “nomeolvides”, los galantes
Colores del granado y de las frisas,
Las violetas, gardenias y variantes.

Me asombran las estructuras gélidas
De los copos de nieve tan cambiantes
La pureza del agua, las estrellas,
Los cometas errantes

Los poetas sinceros y divinos
Tan cercanos a Dios en sus instantes.

Me sorprenden filósofos pensantes
Cuyas tesis coinciden en ideales
Del nacer y el morir y sus causales
Entre el azar y el ser inevitable.
Me asombran los sonidos del silencio
Y de la soledad, la Nada acompañante.

Me asombran lo incomprensible y lo inefable
Lo que atrapar quisieran los profanos:
Verdades absolutas e inefables
Que resultan absurdas al pagano
Y son puras y limpias como el aire
Para aquel que en verdad es más humano.

Me asombra de mi propia paradoja,
El ser mujer que piensa, busca y siente
Y medita y crea y filosofa
En las verdades que los otros crean
Y que percibe cuando aquellos mienten
Para hundir al valor en la congoja.

Mi padre en el mar

Como abanico de plumas que se abre al sol
Así el oleaje del mar se mueve al viento
En golpes de agua y voz como en concierto
Y rumores que guarda el caracol.

Flores de azul corola y madreperlas
Se mecen como frutos marineros
Y dibujan con olas los senderos
Que guardan de la mar las confidencias.

Corales y naufragios y sirenas
Del fondo del océano cuentan glorias
Y en libro de marítimas memorias
Pintan con sal batallas y faenas.

De pie ante el escabroso acantilado
Miro al mar al que temo y al que adoro
A pesar de que al verlo siempre lloro
¡Por mi padre en sus aguas sepultado!

En el agua del sueño II

Mientras la vida duerme y sueña,
Cuando las formas sin color escapan
Y los barcos del inconsciente huyen y masacran
La iridiscencia de los caracoles en la bruma,
Soy una sonámbula irredenta que prende
Incensos en la arboleda
Y se ha iniciado en la orden
De la Esperanza del Horizonte
Desde la luna azul de agosto.
Y aprende los revelares de los unicornios
Que relinchan a la luz de las estrellas.

Las nieblas anaranjadas del ocaso
Tienen sabor a dulce y a ortiga.
El zumbido de la lluvia deposita
Hojas muertas en el frío silencio
De los granizos deshilachados
Y en las crujías del mar que se abren
Ante el llamado de la muerte.
Venenos de soledad

Destilan los juncos de agua nueva
Asesinados por espadas y pedernales de odio.

La dulzura del renunciamiento alerta las etapas
Del sueño y me digo “estoy soñando”, “sólo es un sueño”
Y cancelo las fantasías de mis rosedales
Y de mis colibríes.
Sueño a los antiguos caballeros
Con armaduras tejidas de nieve
Y a los mancebos pretensos de las bodas del Zodíaco
Entre quehaceres virtuosos y vanos.

En el brocal de un pozo vacío, deposito palomares
Y almohadas mullidas, espumas de sangre
Y espantapájaros heridos. Y en la sal del desvelo
Arrojo la grima de los tiempos idos,
Los prismas del olvido,
La conciencia opulenta de mi soberbia
Y mis pies lastimados
Por las cizañas del tiempo.

En mis delirios milenarios busco
La noche intensa del poeta, el arrullo confiado
De unos brazos honrados que ya no existen
Y el cuento de la voz de las edades.

Pero queda mi espera
En el marco de la puerta del sueño que guarda
Celosamente sus voluptuosidades interiores,
Y mido la distancia del eco
Cuando el silencio estalla
En diminutos cristales
De luna, de vigilia y de miedo.

Flores de niebla

Lejos quedaron impacientes juventudes
En la ausencia del tiempo diluidas.
Muy lejos las efímeras edades
Donde todo fue luz y algarabía.

Cantos de alegres almas prematuras
Plenas de pundonor y fantasía
Sin temor, sin dolor, sin amargura
Del amor y el soñar siempre cautivas.

Hoy miro para atrás a mi pasado
Y encuentro aquel jardín de maravillas
Sembrado por las nubes pasajeras
Del amor, del dolor y las rencillas.

No obstante aún de niebla rosedales
Emergen por doquier en mis edenes
Que en el otoño bien que mal florecen
Los dones que enraizaron mis semillas.

Y mis campos se vuelven de trigales,
Tréboles y opulentos alfalfares
Que al secarse colmaron los henares
De frutos, de simientes y gavillas

Rosas de niebla sí, flores de agua
De llanto, de sonrisas e ilusiones
Que ornamentan a sensibles corazones
Con mis palabras viejas y sencillas.

Un racimo de flores te regalo
En cada línea con el alma escrita,
Que al fin la bruma con su cauda limpia
Es hermosa, gentil y hasta gratuita.

La noche trashumante

Alumbrada por la luz blanquinegra de la luna,
La noche pasajera
Se echa al hombro un fardo con estrellas
Después del holocausto de la hoguera,
Cuando el sol entre el polvo
Extiende el lienzo crepuscular
De su quimera.

Del hueco iluminado
Extrae la noche
Su pasional torrente oscuro
Y en la senda impertérrita
Del cielo se echa a andar
Entre asteroides y cometas
Coronada por dalias celestes
Y una túnica de oro
Adornada por brumas de la altura.

Comienza la noche su vagar etéreo
Y deja tras de sí
Estelas de cósmico polvo en la magia del sueño.

Camina entre peñascos siderales
La noche trashumante
Y llora ante suntuosos jardines
De luz artificial fría y filosa.
Y reflexiona, piensa,
Medita y llora por el fuego cruel
De los misiles sin sentido
Que matan inocentes,
Y por los satélites caricatura
Que controlan las almas y las mentes.

La noche tradicional, trémula
Y voluptuosa,
Se desanda y retorna
A la sombra que abriga
El cobertor helado del alba.
La noche rompe en pedazos
Sus vestiduras,
Las arroja al espacio
Y se esconde
En el fondo del mar de sus lágrimas
Para reincidir en el empeño
Al otro día.

Más fuerte que la vida

Más fuerte que la Vida
Es el conjuro del sentido de las cosas.
Cascabeles de amor enmudecen
Entre catástrofes de agua y luz.
Y en los jardines de ceniza y mármol
Sembrados de pesadillas en llamas,
Está el recuerdo de los hijos muertos
Que lloran y duelen
Como entonces
En lo más profundo de la entraña...

La voz de las edades
Con todas sus lunaciones y eclipses,
Con todas sus fantasías y espejismos,
Con todos sus estertores y alaridos,
Con todas sus carcajadas y lágrimas,
Se pierde en las distancias del eco.
Y las pequeñas huellas infantiles
Recogen las estrellas de mar
Y caracoles perdidos en la arena
Y se tornan certidumbre de aquellos infantes

Desprendidos de mis brazos,
Como ángeles errantes que agitaron en despedida
Sus negros rizos al viento
Para sumergirse en las olas inmisericordes
De mi dolor.

Cristales y hierros

En el agua gris de la soledad,
Abandonada por el canto del jilguero,
La incolora fragancia del llanto
Tropieza contra las piedras del azar.

Y en la melancolía del tiempo,
Faroles de luceros alumbran
El grito verde de las hiedras
Y los brocales oscuros de los pozos del miedo.

Las claridades del entendimiento
Me alertan sobre el canto de sirenas letales
Que susurran adulaciones y sofismas
Entre el malva y granate del ocaso.

No debo detenerme.
Debo escapar de los laberintos del odio
Y de las tristezas que estallan
A mitad de la fuente del llanto.

Los recuerdos arden y duelen
Como cicatrices nunca curadas
Como heridas abiertas y lastimadas
Por la sal del dolor.

En el aleteo de los jazmines
Mecidos por el viento,
Hay un bálsamo fresco y paliativo
Que alivia al corazón sufriente y lo calma
Con un lienzo invisible de sabor caramelo.

Con cristales y hierros,
Las ventanas del alma
Se abren ante el blancor de los cactus de nieve
Que aparecen sembrados
En el desierto de mi tundra helada.

Aburrimiento

Me aburren los hombres aburridos,
Los libros mediocres,
Los poetas vulgares.
Me aburren los trenes subterráneos,
La música estridente,
Los lugares comunes.
La demagogia y los sofismas
De la farsa.

Me aburren las mujeres insulsas,
Las modas obscenas,
Las películas cursis,
Las casas sin árboles,
Las banquetas con baches,
Los niños con nintendos,
Las niñas despeinadas,
Los maestros vacíos.

Me aburren los anuncios mal escritos,
Las canciones baratas.
Me aburren las revistas de *glamour*.

La comida enlatada,
Las voces pedantes,
Las personas amargas,
Los autos ruidosos.
Las falsas carcajadas.

Me aburren considerablemente los olvidos,
Los perdones fingidos,
Las verdades a medias,
Las promesas vacías,
La gente presuntuosa.
Me aburren las fiestas aburridas
Los concursos arreglados,
Las fotografías pintadas,
Los egos inflados,
Los besitos al aire.
Las palmadas.

Me aburren los discursos falaces,
Las adulaciones descaradas,
Los chistes morbosos,
Las plegarias memorizadas,
Los jardines sin flores,
Y las fuentes sin agua.
Me aburren los *clichés*

De las personas resignadas,
Pero me aburre más el aburrirme
Con mi propio aburrimiento.

Armonías

Armonías de cristal
Tejen hilos de bruma
Sobre el agua fresca del manantial.

El reflejo de magnolias marineras
Navega oscilante entre las briznas
Que arroja el viento.

La noche lunar se envuelve
En sí misma
Con un manto de espumas.

Una pared enladrillada
Se cobija con mirtos
Y se arrulla.

El follaje oloroso del jazmín
Perfuma el aire tibio
Y canta.

Un deleite infinito
Susurra entre los árboles
El poema del sueño.

Observo cómo la Vida vive
Sus prodigios
En la noche del Tiempo.

Mi sombra

Sobre la tierra camina mi sombra
Dibujada por una secuencia de ocasos.
En los prados hay intervalos de geranios
Con pétalos negros y alizarinos
Como bocas de promisorios refugios
En los que convergen premeditados senderos del azar.

El alma embelesada admira a la sombra oscura
Milagro inexplicable que baila y gira
En reversa de sus soledades
Dibujada por el sol de mis afanes.
Y en el cóncave infinito de los misterios
Mi sombra temeraria y delirante
Hurga, alcanza, corre, grita, se retuerce
Gesticula como un mimo silencioso
Que atrapa las edades y las cautiva.
Corro tras ella, la alcanzo, la derribo
Y nos hacemos nudo sobre el suelo
Con un sosiego inusitado:
Seguimos juntas.

Sobrevivir al olvido

Hay personas y cosas empeñadas
En remontar al tedio y al olvido.
Son esas de coraje y fortaleza
Que no exhiben el corazón transido.

Hay espíritus que trasmudan el llanto
Los dolores, las penas, los exilios
En cantos, en arpegios y en colores
Con matices rebeldes y elegidos.

Son los que en el insomnio tejen sueños
Y aceptan el vivir como aventura.
Son los conscientes de sus emociones
Que admiten la señal de su locura.

Son los que hacen brillar con ilusiones
Estrellas de papel en su pobreza,
Perfuman con claveles la amargura
Y convierten en verso la tristeza.

Son como aquellos rayos divergentes
Cuya noción del cosmos se hace innata
Arlequines del Tiempo recurrentes
Que hacen del arte la pasión más grata.

Tienen en sus sagrarios ruiсеñores
Gotas de lluvia, sándalos e inciensos;
Pétalos de violetas, musgos, flores
Y racimos de aromas muy intensos.

Son seres como estatuas reverentes
De un panteón mitológico y errante
Que guarda en el Arcano de su mente
Al libro, al hijo, al árbol y a la amante.

Y en el cielo impávido y vidriado
Pinta con nubes el pintor profano
El retrato de un Dios solemne o llano
Y el poeta lee un verso sobrehumano.

Una danza en el viento nacarado
La bailarina borda sin demora
Y la música lleva en su cayado
Una pluma, una rosa y una aurora.

Y así en el sortilegio de lo ido
En la nostalgia de lo que ha pasado
Sobreviven al tedio y al olvido
Y trascienden del ocio lo enunciado.

Post mórtem

Para qué los laureles funerarios
Los conspicuos e ilustres homenajes
Las falsas loas, los fuegos cinerarios
Los mausoleos y fúnebres mensajes
Y los reconoceres tan tardíos.

Para qué los aplausos obligados
Las veneras, cartones y medallas
Para qué los vetustos pergaminos
Los avisos, los llantos, las vituallas
Si en vida sólo fueron desafíos.

Mejor en vida el abrazo amigo
Palabras comprensivas y lealtades
Mejor el ánimo feliz, el dulce abrigo
De los grandes momentos fraternales
Y la satisfacción del bien cumplido.

Mejor en vida risas y saudades
Arropo en la tristeza y el alivio
Paliativo en las grandes soledades

Que al fin el alma, sabia en su exterminio,
¡Celebrará sus propios funerales!

El mar afuera del mar

El mar afuera del mar
Peina sobre el espejo de la playa
Cabellera de espumas.

Blancos rizos salados
Con diademas de perlas y turquesas
Adornan el oleaje entre la bruma.

La marisma teje sus redes
Entre arenas y olas nacaradas
A la luz de la luna.

El murmullo del mar recita a solas
Los misterios del agua
Como en canción de cuna.

Y en horas quietas de pasiva calma
Aquí de frente al mar escribo un verso
Sobre el hechizo que la mar oculta.

En sus honduras, en su mundo propio
Submarino y oscuro mar profundo
De color aceituna.

Y un dulce canto como de sirena
Que escapar quiere del tritón Neptuno
Se hace voz en la duna.

El mar afuera del mar
Muere a cada vaivén de cada ola
Coronada de espumas

Porque el mar como mi alma
Escapar quiere de tanta inmensidad
Larga y oscura.

Collage

En el baúl interno de lo importante,
De lo imprescindible, de lo inevitable,
Guardo un *collage* de imágenes
Y recuerdos: cimitarras de mis ancestros,
Alfanjes y turbantes de unos abuelos,
Y de los otros, plumajes guerreros,
Las fotos de mis padres y el espejo de lo que soy.
El olor de los jazmines y madre selvas de mi infancia,
El estanque en el bosque.
La iridiscencia de una perla,
La imagen de mi primera maestra,
La casa provinciana de mi abuela.
La fuerza de mi padre.
El perfume tabú de mi madre.
Mis primeros juguetes,
Las consejas de duendes, hadas y brujas,
Mi muñeca Shirley Temple,
La zapatilla de la Cenicienta,
Un libro de cuentos de Oscar Wilde
Y las *Mil y una noches* árabes.
Mis primeros poemas y dibujos,

Mis primeras canciones.
Los cascabeles navideños.
El olor de la naranja y del alcanfor.
El descubrimiento de mi sombra,
Mi primer talismán.
Una función de títeres de Rosete Aranda
Y la película *El Peñón de las Ánimas*.
Mi retrato de feliz adolescente,
Música de Cole Porter y de Lara,
El olor a jabón reuter de las monjas,
Canciones de Los Churumbeles de España
Y el *Son de la Loma*.
El talón de cheque de mi primer sueldo,
La esquila de la muerte de mi padre,
Algunas cartas de amor y desamor,
Un girón de mi traje de novia,
El recuerdo de mis hijos muertos,
La sonrisa de mis hijos vivos,
Sus boletas de calificaciones, fotografías,
Títulos, cartas y regalos.
Muchos años de miedo.
Muchos otros de triunfos.
Mis primeros jeans de abuela
Y las cunas de mis nietos.
Mis añoranzas hippies.

Mis libros, cuadros, periódicos,
Poemas, viajes.
Mis trajes indígenas.
Nostalgias, alegrías, penas y amores,
Recuerdos, recuerdos, recuerdos,
Todos ellos pintados en un lienzo indeleble
Al que añado algo más todos los días
Con la esperanza inútil de que esos días
Nunca terminen.

Contradanza

Siluetas que danzan contra la luz del cielo oscurecido
Parecen guarecerse en la gran cueva del azur.
Las hojas negras de los árboles forman un friso de arabescos.
Pedernales oscuros de las rocas semejan puntas de lanza
Que amenazan, guardan o protegen
La entrada de la gran Casa del Sol.
Trepo río arriba hacia la enorme oquedad de necesario
[silencio
En donde el fuego lame como un perro
Las heridas de la melancolía.

Estrujo a mi sombra implacable

Soy una mujer que lleva de la mano a su sombra
Esa sombra que puede ver en mí las cicatrices del tiempo,
La que me ve asomarme a los espejos
Para saber de donde viene la Verdad.

Soy una mujer que ha colocado una bufanda a sus sueños
Con el regalo de cumpleaños tejido por mi sombra
Con adornos de girasoles, estrellas y guirnaldas
Como cadena indisoluble de nuestra mutua lealtad.

Mi sombra es larga, corta, ancha, delgada, pesada
[o transparente
Es como quiere, estira la mano y alcanza el mar o los luceros
Mi sombra desciende por acantilados y me asusta
Y yo le grito y la estrujo pero mi sombra baila y ríe.

Implacable, mi sombra me imita, juega, se burla, se esconde
Pero está siempre allí, como fiel compañera, como amiga.
Como hermana siamesa irreductible, con propia identidad,
Y yo claudico porque somos una, única y terrible realidad.

La nostalgia carcome

Lo que se conoció se fue, ya no existe
Ni en materia ni en imagen, apenas
Un descolorido rompecabezas
Como un cuadro viejo y desvaído
O un pedazo de papel amarillento.

La nostalgia deja líquenes en los muros
Y óxido en los recuerdos ya olvidados
Como una grieta en el altar de un templo
O una cicatriz larga y doliente
Que se niega a la cura prometida.

La nostalgia se aferra a lo vivido
Como un ilusionista en un naufragio
A un carnaval poblado de fantasmas.
Como un jardín marchito y abrumado
A rosas que deshoja la tristeza.

Y sin embargo, la nostalgia tiene
La belleza de un bazar de antigüedades
En donde el tiempo inexpugnable expende

Girones de vida, historias de amor, muerte,
Obras de arte, bibelots y divanes psiquiátricos.

Entre el saber y en el hacer la vida

Como un cielo añil en el que flotan soles de conciencia
Como faroles de un soliloquio,
Como luces disueltas en hielo incandescente
Así es el cielo del rielar de mis días
Entre el saber y en el hacer la vida.

En el espejo azul de mis verdades
Miro en mi rostro cicatrices del tiempo.
Cortadas, heridas, trofeos de batallas
Ganados en el fragor de sinrazones y blasfemias.
Entre el saber y en el hacer la vida.

Miro también el claroscuro de mi entorno
En esa imagen de iniciación cotidiana
Que muestra una mujer infatigable
Empeñada en desentrañar su confusión de veleidades.
Entre el saber y en el hacer la vida.

Y el sueño se me enciende de azul
Y la ilusión crece en el único camino
A pesar de los miedos y sus largos tremoles

Y a pesar de los escalofríos
¡Entre el saber y en el hacer la vida

Yo

Floto en las olas de la noche eterna
Entre cósmicos sueños siderales
En la brisa y dulzura sempiterna
Del inconsciente de íntimos mirajes.

Vago en la inmensidad de los acasos
Cierta de los efímeros sucesos,
Llámense obsesiones o fracasos,
Rencores, triunfos, penas o embelesos.

Voy por el tobogán de los recuerdos
En la cruda y crucial retrospectiva
De edades vivas y pasajes muertos,
Que resumen la historia de mi vida.

Soy como estatua ingrávida y longeva
Con corazón de piedra saturnina
Que en la mente y el alma siempre lleva
Una intención de paz y de un mañana.

Camino siempre contra la corriente
De lo dado, lo inerte y lo marcado
Soy guerrera de suyo inteligente
¡Con espíritu libre y soberano!



ÍNDICE

PRÓLOGO	9
La luz contra los muros	13
Esqueletos del amor	17
El laberinto del desprecio	20
El jardín de mi sombra	22
La verde historia	23
Me asombro de mi asombro	25
Mi padre en el mar	28
En el agua del sueño II	29
Flores de niebla	32
La noche trashumante	34
Más fuerte que la vida	36
Cristales y hierros	38
Aburrimiento	40
Armonías	43
Mi sombra	45
Sobrevivir al olvido	46
Post mórtem	49
El mar afuera del mar	51
<i>Collage</i>	53

Contradanza	56
Estrujo a mi sombra implacable	57
La nostalgia carcome	58
Entre el saber y en el hacer la vida	60
Yo	62



LA luz CONTRA LOS muros

de Graciela Santana Benhumea, se terminó de imprimir en noviembre de 2012, en los talleres de JANO, SA de CV, ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C.P. 50200, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica *Adobe Jenson Pro*, de Robert Slimbach, para la fundidora Adobe Systems Inc. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Lucero Estrada. Formación: Carlos César Contreras Becerril y Lucero Estrada. Portada: Irma Bastida Herrera. Cuidado de la edición: Sandra Oropeza Palafox y la autora. Supervisión en imprenta: Carlos César Contreras Becerril. Editor responsable: Félix Suárez.